

Los Chicanos: Latinoamérica en las entrañas del monstruo

Francisco J. Guerrero

En este trabajo, deseamos contribuir a fortalecer un planteamiento que nos parece decisivo para entender de una manera más cabal el conjunto de procesos sociales que se desarrollan en América Latina. Afirmamos y sostenemos que como latinoamericanos, existimos y actuamos en el interior de los Estados Unidos de América, el pilar de la América anglosajona, y que nuestras costumbres, nuestros hábitos, nuestros modos de vida y pensamiento, nuestras actitudes, incluso nuestros gestos y motricidades se expanden en Norteamérica, y no sólo en los aleros de la mansión, sino cada vez con mayor fuerza en sus habitaciones periféricas y en los propios salones y centros de relieve y de importancia, de significación y de decisión.

La Norteamérica del "Crisol de Razas" y la del Ku Klux Klan, la de la John Birch Society, la representada por John Wayne y Doris Day, la mitificada por John Ford, sabe que América Latina la ha penetrado y no duda en rechazarla y vilipendiarla, equipararla a una infección y proclamar la necesidad de erradicarla, de conjurarla, de expulsarla. Hay políticos norteamericanos que han señalado que el crecimiento demográfico de la población chicana es una amenaza mayor que la del poderío atómico soviético. Se alerta también contra la proliferación patógena de los portorriqueños, salvadoreños, guatemaltecos, haitianos y cubanos (aunque éstos sean de filiación anticastrista: no importa, son "hispanics", padecen de una herencia deleznable, son irredentos, pro-

clives a la delincuencia). La América de Custer se alarma: las tradiciones sajonas y blancas se pierden, en multitud de poblaciones de "América" se deja de hablar el inglés, cientos y quizá miles de inmigrantes se resisten por años a aprender el idioma nacional, y los sociólogos, antropólogos y otros especialistas llaman la atención acerca de fenómenos tales como el incremento de las fracciones interétnicas, el involucramiento de población no blanca en actividades delictivas, cada vez más frecuentes y numerosas, en el abandono por los "caucásicos" de sitios habitacionales y territorios "contaminados" por los negros y otros grupos nacionales y étnicos, en la consolidación de una violencia que pareciera ser correlativa al abatimiento de las tradiciones sajonas y anglófilas. Ante ello, lo que se ha denominado la "Nueva Derecha Norteamericana", estructura sus respuestas y trata de contraatacar, intensifica sus prácticas e ideas racistas, proclama la necesidad de expulsar a quienes no se avienen a ser parte del crisol norteamericano, e intenta que el Congreso apruebe leyes que, como el proyecto Simpson-Mazzoli, restrinja el ingreso de laborantes extranjeros, o bien, por ejemplo, regulaciones que obstaculicen la enseñanza bilingüe. Envalentonados porque uno de sus más conspicuos representantes es ni más ni menos que el propio presidente de los Estados Unidos, —aunque éste se vea obligado a gobernar tomando en cuenta los intereses de otros grupos sociales, aunque sea en forma

parcial y limitada, ya que de otra manera el consenso respecto a su administración se iría perdiendo cada vez más— los apologistas de la agresión racial rememoran sus buenos tiempos y sueñan con volver a un orden en el cual los *tío-tom* de toda especie vivían esperando el momento en que el Amo se decidiera a darles un orden o en que los mexicanos no sabían decir más que "sí señor".

El hecho de que en la actualidad Norteamérica se esté transformando en una sociedad de tipo pluriétnico implica múltiples cambios en la vida cotidiana y en la práctica social del país anglosajón más importante en el mundo. Estados Unidos es el país del *melting pot*, es decir, un crisol compuesto de las aportaciones de múltiples hombres de diversas nacionalidades, que, al arribar a Norteamérica, iban abandonando sus raíces ancestrales y primigenias para devenir en un nuevo tipo de ciudadano: el norteamericano, forjador de una nueva cultura, del *american way of life*. Ciertamente, los italianos que llegaban a la tierra de promisión podían seguir comiendo pizzas y entonar arias de ópera, mientras los alemanes bebían cerveza a mares y tarareaban la música de los preludios wagnerianos. Pero las raíces más profundas habían variado: escandinavos, germanos, hombres del Mediterráneo, etc., eran, ante todo, norteamericanos. Tal como lo declaró en una época el antiguo gobernador de Puerto Rico, Luis Muñoz Marín, tratando de

justificar la asimilación de los portorriqueños al Coloso del Norte: "De gente como él (se refiere al portorriqueño, FJG) se hicieron los Estados Unidos. Gente que individualmente se fueron adaptando (sic) a la cultura que encontraron allí y contribuyendo a ella y enriqueciéndola. El puertorriqueño que establezca residencia en Estados Unidos debe adaptarse a su nueva comunidad como lo hicieron antes que él irlandeses, polacos, italianos, escandinavos".¹

Estados Unidos se construía con norteamericanos, hombres arraigados en su nueva tierra, desenraizados de sus puntos de origen. Desde luego, los hombres que poblaron en el siglo pasado el país que había alcanzado su independencia en 1776, y que venían de sus antiguos lares a vivir en "la li-

bertad y la felicidad", intentaban remodelar sus culturas originales en la patria de Washington y Jefferson. Pero el asimilacionismo del Estado norteamericano fue mucho más exitoso que el de sus émulos latinoamericanos. El Congreso vetó a los colonizadores alemanes que deseaban emitir comunicaciones en su idioma original; a la Luisiana de habla francesa predominante se le impuso oficialmente la lengua inglesa, a principios del siglo XIX. De la misma manera se oficializó el inglés en Nuevo México, cuando éste ingresó a la llamada Unión Americana, pese a que la mayoría de sus habitantes hablaban español.² Poco a poco se fue moldeando el norteamericano típico (*¿el ugly american?*), sajón, blanco, generalmente rubio y de ojos azules, apasionado de la Serie Mundial de Beisbol, que ansía que al

¹ Luis Muñoz Marín "Declaraciones del Gobernador de Puerto Rico ante la Junta de Aeronáutica Civil", 31 de enero de 1949, en *Los gobernadores electos de Puerto Rico*, Río Piedras: COSEBI, 1973, I, p. 15. En 1898 los norteamericanos invadieron Puerto Rico y desarrollaron en esta nación latinoamericana una ocupación de tipo colonial, a la cual se ha pretendido disfrazar ideológica y jurídicamente, creando la ficción del "Estado Libre Asociado", etiqueta que se ha dado al estatuto formal de la antigua Borinquen, y por la cual los portorriqueños se convierten en ciudadanos norteamericanos (de segunda, por su-

puesto). Desde la ocupación, la migración boricua a Estados Unidos ha sido constante, recurrente y creciente; en la actualidad Puerto Rico afronta una crisis económica que provoca una catalización aún mayor de este fenómeno.

² Revista Time, 13 de junio de 1983, No. 24, p. 34. Jorge Bustamante, sin embargo, indica que en la Constitución de Nuevo México se dio el caso excepcional de que el español se oficializara junto con el inglés; Jorge Bustamante, Prólogo a Reyes López Tijerina, *Mi lucha por la tierra*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, p. 18.

menos uno de sus hijos sea *All American* en el fútbol americano, que desea alimentarse sempiternamente con *hot dogs* y *root-beer*, que admira el recuerdo de Doris Day y la presencia de Elton John, que dedica buena parte de sus días a pensar en problemas financieros, que abomina del comunismo y que, impelido por la publicidad, adopta velozmente múltiples y variadas modas (como la del *aerobics* o la de la patineta).

Sin embargo, no todos se norteamericanizaban de la misma manera. Pese a todo, la existencia del *melting pot* no implicaba la homogeneización de la población. Había hombres “deleznales” y de “raza inferior” que no podían codearse con los norteamericanos típicos por la sencilla razón de que no podían integrarse al nivel superior en que éstos se hallaban. La sociedad de las miles de oportunidades era una sociedad racista, excluyente y jerárquica.

Estados Unidos, que se desarrolló como una sociedad capitalista y que con el tiempo ha llegado a ser la nación burguesa más potente del mundo, cuenta y ha contado con clases dominantes que han ejercido la explotación laboral sobre millones de trabajadores en la formación social norteamericana (dejemos de lado por ahora la explotación que esas mismas clases han impuesto en otros países y regiones del planeta). Se ha tratado fundamentalmente de una explotación basada en el régimen salarial, que en ocasiones, sin embargo, ha coexistido con formas

de explotación que tienen otro carácter, como la esclavitud, pero que, en todo caso, han contribuido a fortalecer el proceso de acumulación capitalista. Pero la sociedad norteamericana no es sólo una sociedad de explotación, es también un erario privilegiado de la opresión étnica o nacional y de la discriminación racial y cultural. La opresión viabiliza y facilita la agudización de la explotación laboral, la convierte en un fenómeno “natural”. En México, un sombrero producido por un indígena tlapaneca del estado de Guerrero, una elegante artesanía de palma, se compra muy barato a su productor (para venderse muy caro ulteriormente en la ciudad de México o en otras urbes importantes, incluso del extranjero). Aunque también pauperizados, los campesinos mestizos tienen mayor oportunidad de vender ese tipo de sombreros a un precio mayor. La explicación es que lo que produce el indígena tiene “menor” valor: la ideología sobredetermina a lo económico y estructural. La opresión sexista permite que a la mayoría de las mujeres trabajadoras —en casi todo el mundo— se les pague un salario más bajo que el que se aporta a los hombres que realicen un trabajo de igual calidad y envergadura: una labor masculina es máspreciada, debe ser mayormente remunerada. El trabajador “inferior” —negro, indio, niño, mujer, mexicano, salvadoreño, chicano— debe ser concebido y conceptualizado como tal: no sólo es preciso que los componentes de los grupos

“superiores” estén convencidos de la incompetencia e ineptitud de aquellos a los que se les adjudica una situación de inferioridad, sino que es aún más necesario —para los explotadores— persuadir profundamente a los subordinados de su propia condición lacayuna, de su incapacidad para superar su situación, de la “naturalidad” de su modo de vida. En el país del dólar se han creado múltiples estereotipos que “definen” al mexicano y a los *hispanics* en general. Estos estereotipos oscilan, por lo común, entre dos polos: en uno se percibe al mexicano

como un individuo con un carácter de villano, inclinado al bandidismo en épocas pretéritas y nuevas formas de criminalidad en épocas recientes.³ En el otro polo, el mexicano aparece como un fuerte campesino con una predisposición tierna y con la mentalidad de un niño.⁴ Naturalmente, una gran cantidad de mexico-americanos resiente el ser ubicado en este tipo de “clasificaciones” y por ello intentan en forma muchas veces compulsiva parecerse lo más posible a la población de los anglos, vistiendo como ellos, hablando como ellos, rechazando y desechando las raíces culturales propias,

³ El historiador Walter Prescott Webb, anglosajón, escribe que: “Sin temor a exagerar puede decirse que hay un rasgo de crueldad típico de la naturaleza del mexicano; al menos puede decirse que a esa creencia conduce al leer la historia de Texas. Esa crueldad inherente pudiera ser la herencia de los españoles de la inquisición o podría, y sin duda así debe ser, atribuirse parcialmente a la sangre india”. Walter Prescott Webb, *The Texas Ranger, a Century of Frontier Defense*, New York, Houghton and Mifflin, 1935, p. 14. Esas afirmaciones, desde luego, se emparentan con las que emite el fiscal que juzga a varios chicanos en el film de Luis Valdez, *Zoot Suit*. Aquí el legista presupone la culpabilidad de los acusados dada su descendencia de los “sanguinarios aztecas”. La historiadora María Cristina Montaña indica que: “El chauvinismo nacional ha sido una cuestión racial, desde la fundación de la Re-

pública (en EU, FJG). Al principio, ser un ‘americano’ era ser blanco; la extensión de la democracia burguesa a las masas fue a través del ‘voto universal, blanco, masculino’, la esencia de la oportunidad económica era ser ‘blanco, libre y de 21 años’. El Destino Manifiesto, como una expresión del chauvinismo nacional, era en gran parte una justificación racial por la expansión continental”, María Cristina Montaña. La comprensión de la historia de los Estados Unidos como un elemento esencial para la liberación nacional, en “Iztapalapa”, *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, enero-junio de 1981, p. 234.

⁴ Leo Greber, Joan W. Moore y Ralph Guzmán, *The Mexican American People*, New York, The Free Press, 1970, p. 6.

tratando de blanquearse la piel en caso de que ésta sea más morena de lo que el buen gusto dominante predispone, etc.⁵ Es de resaltar el hecho de que, aun cuando la ideología prevalente en Norteamérica lo soslaya o lo oculta, el trabajo de las minorías no europeas ha sido absolutamente sustancial para el crecimiento económico y social del país de Lincoln, para la formación de su riqueza material (como de hecho lo ha sido también el de los pueblos sometidos a su órbita imperialista: los agricultores de Liberia, los cañeros

cubanos, los trabajadores del banano en Centroamérica, los obreros petroleros en México antes de la expropiación, etc.).

Los habitantes nativos de lo que ahora son los Estados Unidos no han jugado un papel laboral de importancia por una razón muy simple: en su mayoría han sido exterminados, y sus descendientes escasos ocupan puestos de trabajo en las filas más bajas del proletariado o viven de una magra producción en reservaciones, siendo parcialmente subsidiado por el Estado norteamericano.⁶

⁵ "... en todo hombre dominado existe una cierta dosis de rechazo de sí mismo, debido en gran parte a su aplastamiento y a su marginación. . . ¿Cómo esperar lo contrario? Cuando las condiciones objetivas son tan agobiantes, tan corrosivas, ¿cómo creer que no habrá de originarse ninguna destrucción, ninguna distorsión en el alma, en la fisonomía y en la conducta del oprimido?", Alberto Memmi, *El hombre dominado*, Ed. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1972, p. 71. Una nota periodística reciente nos señala que: "los groenlandeses opinan que encuentran mucha discriminación en el seno de la sociedad danesa, y empiezan a beber para mitigar su soledad". *Excelsior*, 15 de julio de 1983. La minusvalía y el desamparo que producen las condiciones de opresión son fuente de todo un conjunto de síntomas de patología social; aposentados en los escalones más bajos de la sociedad, los oprimidos desa-

rollan formas de auto y heterodestrucción, de agresividad y desconfianza, somatizan gran parte de la angustia contenida en su situación o son víctimas de estados psíquicos lesivos —como histerias en hombres o mujeres—, propician situaciones que los conduzcan al suicidio, desarrollan vías de evasión altamente nocivas (como el consumo de drogas o el alcoholismo, etc.). La salida a esta podredumbre es correlativa, entre otras cosas, a un proceso de revaloración de la propia potencialidad personal y su reconocimiento, a la politización como conciencia del valer propio y de la lucha contra la opresión.

⁶ Por supuesto y como era de esperarse, los indígenas norteamericanos eran considerados como bestias salvajes por los anglosajones. Un semanario de la zona fronteriza aconsejaba a los blancos que "recibieran" (a los indios) cuando solicitaran la paz y que los agruparan y sa-

Por el contrario, la aportación del trabajo de los esclavos negros fue una de las bases del crecimiento económico de Norteamérica en el siglo pasado. Hacia 1813, cerca de un millón y medio de los habitantes de los Estados Unidos eran negros, que en su abrumadora mayoría eran esclavos, que se dedicaban predominantemente a las labores agrícolas. Casi todos vivían en el sur, y la mayor parte de los que eran libres se encontraban en el norte. Entre ellos había algunos africanos, pero los más eran descendientes de hombres del viejo continente negro. La población negra era decididamente minoritaria (al contrario de lo que sucedía en las Antillas) y en el sur tan sólo una de cada cinco familias era propietaria de esclavos, y entre ellas, la mayor parte disponía de menos de cinco; sólo una de cada quince podía ser considerada familia de plantadores por contar con más de veinte esclavos, y sólo una familia de cada trescientas perte-

neía a la categoría de los grandes plantadores, por ser propietaria de más de cien. En 1850, en todo el sur no había más que 3 000 de estas familias.⁷

Aunque casi todos los trabajos de los negros tenían relación con el trabajo agrícola, una buena fracción de ellos laboraban en trabajos industriales o en los muelles, en actividades marítimas. La guerra civil y la abolición de la esclavitud condujeron a la "liberación" de los negros, que se transformaron en arrendatarios agrarios, en mineros, obreros del carbón, soldados, y, en términos generales, engrosaron las filas del proletariado. En 1807, el gobierno norteamericano ya había prohibido la importación de negros desde el Africa, y en el país se fue consolidando un importante movimiento antiesclavista, cuyo embrión había surgido entre los cuáqueros. En 1838, la Sociedad Antiesclavista Americana, alegaba contar con más de

crificaran como si fueran serpientes de cascabel", cit. por Bruce Johansen y Roberto Mestas, Wasi'chu. *El genocidio de los primeros norteamericanos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, pp. 23-24. Estos autores señalan también cómo muchos comerciantes blancos se oponían al exterminio de los indios, que era contrario a sus intereses, ya que se beneficiaban vendiéndole al gobierno alimentos y ropa que éste destinaba a las reservaciones. Los asesinatos de indios y

el despojo de sus tierras fueron esenciales en el proceso de acumulación capitalista en el país del norte. En el siglo pasado los indígenas perdieron la mayor parte de sus territorios, y todavía entre 1936 y 1976 más de 728 460 hectáreas de tierra india fueron confiscadas por el gobierno (ibid., p. 33).

⁷ Willi Paul Adams (recop.), *Los Estados Unidos de América*. Col. Historia Universal, Ed. Siglo XXI, Madrid, España, 1980, p. 70.

100 000 afiliados. Aunque muchos antiesclavistas tenían una actitud paternalista con los negros, y muchos eran incluso racistas, su actividad menguó en buena medida la gran fuerza del racismo y robusteció las tradiciones democráticas del país. Sin embargo, todavía en la actualidad sufren un sinnúmero de discriminaciones y de rechazos por parte de la sociedad anglosajona. El movimiento por las reivindicaciones de la población negra alcanzó un auge notable en los años sesenta, y se personificó en individualidades tan notables como Martin Luther King, Malcolm X, Angela Davis, Eldrige Cleaver y otros. El movimiento impulsó en gran medida la extensión de los derechos democráticos a los negros y el incremento de su propia autoestimación, y abrió canales más anchos para su participación política y sindical. La fuerza de ese movimiento (muchos de cuyos dirigentes fueron asesinados mientras a otros se les intentaba comprar o corromper) ha hecho que muchos conservadores norteamericanos emprendan una lucha contra el racismo... de los negros, alegando que éstos interfieren en muchos casos con el libre desplazamiento de sus actividades. Las formas de discriminación abierta contra la población negra han sido reemplazadas por una segregación de hecho, subterránea y más compleja. Después de todo, para 1976, la renta de una familia blanca, en términos de promedio, era de 16 000 dólares y la de una familia negra, de 9 000 dólares.⁸

El movimiento negro influyó de tal forma en los movimientos de las otras minorías, que no era extraño encontrar en 1965 llamados como los que hacía el periódico chicano *El Malcriado* y que constituían una apología del movimiento negro y de sus tácticas "entronas" de lucha: ¿"Cómo han ganado sus batallas los negros? Se han unido frente a los perros, mangueras, policías brutales y agujones eléctricos para arrear ganado. Cuando les amenazan ellos cantan su canción de lucha 'Nosotros venceremos', cuando todo el mundo espera que ellos corran, a lo contrario, se hincan y rezan. Cuando se miran batidos, ellos hacen de la derrota victoria. Ellos usan lo único que tienen, sus cuerpos y su valor y con esto siguen venciendo. ¡Nosotros los campesinos tenemos las mismas armas! Nuestros cuerpos y nuestro valor".⁹

El movimiento negro, en algunos de sus sectores, ha reivindicado lo que

⁸ Estos datos e informaciones acerca de los "discriminados" blancos se hallan en Alan Finkielkraut, *La Nueva Derecha Norteamericana*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1982, pp. 63-69.

El autor indica que "despreciado, ridiculizado y humillado en el transcurso de los años sesenta, el conservadurismo norteamericano conoce actualmente una nueva expansión..." (p. 25).

⁹ "Igual que los negritos", editorial de *El Malcriado*, 14 de junio de 1965, No. 14.

se denomina su "africanidad", sus raíces culturales en el viejo continente negro. A partir de ello, Norteamérica se ha visto inundada de indumentarias, de músicas, de giros dialectales e incluso idiomas, de objetos, arte y artesanías que se reclaman de origen africano. Aunque esta ideología africanista ha funcionado como catalizadora del movimiento frente a la imposición cultural anglosajona, tiene escasa base objetiva. Los negros norteamericanos no son "extranjeros"; son precisamente norteamericanos. Creemos que Roger Bastide tenía razón cuando escribió que: "La esclavitud, para ellos (los sociólogos negros como Frazier, FJG), ha destruido totalmente la cultura negra, por lo menos en Estados Unidos, dejando en su lugar un enorme vacío; y cuando hablan de la asimilación del negro americano, no se refieren al paso de la cultura africana a la cultura anglosajona, sino al paso de la desorganización impuesta por el blanco a una reorganización del grupo negro según los modelos aportados por la sociedad circundante".¹⁰ Esto diferencia a la población negra de la chicana, que se nutre constantemente de sus raíces, como veremos ulteriormente.

Otros grupos de trabajadores que han contribuido de manera significativa al inmenso desarrollo de Norteamé-

rica han sido asiáticos ingresados por la costa del Pacífico, particularmente los chinos, que en California y otras regiones occidentales laboraron en diversas ramas industriales y agrícolas. En 1882 se prohibió la inmigración china, que había crecido mucho; sólo después de la segunda guerra mundial se volvió a autorizar. Los chinos fueron sustituidos por japoneses, filipinos y trabajadores de otras partes de Asia (en su mayoría de la parte suroriental). El presidente norteamericano Teodoro Roosevelt, receloso ante la importante inmigración nipona, firmó un acuerdo con Japón para limitar la entrada de los súbditos de ese Imperio, en 1907. Estas minorías, que compartieron con las demás la discriminación y el recelo, el rechazo y la represión de angloamérica, conformaron básicamente un proletariado de tipo urbano. Por otra parte, importantes sectores dentro de estas minorías han invadido diversas ramas del comercio y se han desempeñado eficientemente en ellas.

LA FORMACION DEL PUEBLO CHICANO

La población chicana está formada por los descendientes de los mexicanos que ocupaban territorios que fueron integrados a los Estados Unidos después de la guerra con México en 1847-48, por los mexicanos que en atención básicamente a sus necesidades laborales han emigrado a Nortea-

¹⁰ Roger Bastide, *Les Ameriques Noires*, Petite Bibliotheque Payot, París, 1967, pp. 9-10.

mérica, y por los descendientes de éstos. Para algunas personas, todo mexicano que realice el núcleo fundamental de sus actividades en aquella nación anglosajona, aunque no haya nacido en ésta ni se haya naturalizado "gringo", es un chicano. Ello permite clasificar de esa manera a mexicanos que viven la mayor parte del tiempo en Estados Unidos, ya que por lo general trabajan y subsisten ahí de una forma anómala: son trabajadores considerados ilegales, sin documentación. La población chicana es una conjunción de grupos humanos que pese a sus desigualdades, diferencias, contradicciones internas, etc., posee una afiliación social y cultural a una formación nacional —a la mexicana— que, lejos de difuminarse, se nutre constantemente debido a la vecindad con México, al flujo permanente de trabajadores mexicanos con los que se tienen relaciones e intercambios, a la persistencia de un buen número de tradiciones de organización social y de cultura en los territorios que antiguamente pertenecieron a México, a la existencia de formas de resistencia contraaculturativas, abiertas o no, y al vigor de la cultura nacional mexicana, la cual es notoriamente plural, plena de concreciones históricas de diversos orígenes, contradictoria y compleja, pero que forma un todo de notable solidez y que no debe confundirse con la "cultura nacional" postulada por el Estado mexicano, estructurada en gran medida a partir de la ideología dominante de sustrato burgués. Esta

cultura se compone de tradiciones, de formas institucionales y políticas, de creencias, hábitos y costumbres, de realizaciones artísticas, de creaciones populares que la mayor parte de los distintos grupos y clases sociales de la formación nacional reconocen como patrimonio común. Es verdad que, como lo indicaba Lenin, en las distintas naciones existe una cultura de los explotadores y otra de los explotados, pero ello no nos debe conducir a negar la existencia de tal patrimonio común, aunque sin dejar de precisar que el reconocimiento como tal de este último también está mediado por la adscripción a las clases sociales y la lucha entre éstas (la figura de la Virgen de Guadalupe, la apreciación de la obra del prócer Morelos o la música de mariachi no revisten la misma significación entre las diferentes fracciones de las clases sociales). Por otro lado, aludir al vigor de la cultura nacional mexicana como una de las razones de la persistencia de muchos de sus aspectos entre las comunidades chicanas de Norteamérica, no significa que las culturas nacionales de otros grupos que arribaron al país anglosajón y cuyas manifestaciones se perdieron en muchos de los descendientes de los miembros de tales grupos, sean más "débiles". Sería absurdo pensar eso de la cultura china, la italiana o la irlandesa. Lo único que se plantea es que la solidez de la cultura mexicana existe en función de la posibilidad de recurrir con frecuencia a sus propias fuentes —la cercanía a México, los propios

mexicanos, etc.— y que ese contacto es tanto más importante cuanto más cimentada esté esa cultura (de paso debe apuntarse que la fuerte sedimentación de esa cultura —que se presenta por razones que no podemos señalar aquí por falta de espacio— no significa que ella sea “mejor” o “superior”, por ejemplo, a la de la nueva nación israelí, la que se fundó en 1948, o a la de una futura y nueva nación palestina, que en justicia debería existir ya).

Como las anteriormente mencionadas, la población chicana se origina y desarrolla a partir de la transformación de los grupos mexicanos conquistados por los Estados Unidos en fuerza laboral empleada en las empresas agrícolas e industriales de esa nación (fundamentalmente en las primeras, en un principio). A este proceso se aúna otro, por el cual la fuerza laboral migrante proveniente de México se “chicaniza” en algunos de sus sectores, es decir, deviene en una oferta de mano de obra más o menos regular y permanente para diversas ramas de la economía norteamericana, lo que hace su intrusión en la vida del país vecino un asentamiento de tipo más orgánico y estable (desde luego “estable” no equivale a “normal” o “pacífico”; alude al hecho de que la participación laboral mexicana no tiene tan solo un carácter puramente eventual o coyuntural, sino que tiene una continuidad estructural). Los mexicanos han sido una muy importante fuente de trabajo barato, de bajo cos-

to, para el capitalismo norteamericano. Su contribución ha sido decisiva para el desarrollo económico del suroeste, en donde han laborado principalmente como trabajadores agrícolas, y en el siglo XX se han diversificado sus estatutos laborales, han ido desplazándose desde el proletariado agrícola hacia el proletariado industrial del propio suroeste así como del denominado “medio-oeste”.¹¹

La población conquistada en los territorios ocupados por Norteamérica después de la guerra del 47, es caracterizada por algunos autores como una colonia interna de la metrópoli anglosajona. Estos pensadores tienden a sobreestimar el fenómeno que mencionábamos previamente: el de la persistencia de un conjunto de patrones culturales y de formas de organización social propias de la formación nacional mexicana en la población chicana. En realidad, junto a este hecho esencial, se desarrolla el antitético: la “anglización” y “americanización” de miles de mexicanos, su asimilación al modelo dominante. Los territorios “coloniales” mexicanos están ocupa-

¹¹ En estos cambios ha sido factor importante la mecanización de las labores agrícolas en el suroeste que llevó a muchos trabajadores a los centros urbanos e industriales (la mecanización fue en parte una respuesta de los empresarios al fortalecimiento del sindicalismo chicano en los sesenta).

dos ahora por otras poblaciones: las compuestas por anglos, salvadoreños, chinos, filipinos, etc. La comunidad chicana está integrada al sistema interno de estratificación clasista propio de los Estados Unidos de América, por lo cual no tiene mucho sentido aludir a los estados del suroeste como un "México ocupado" o una "América ocupada". Más adelante retomaremos el problema de la caracterización de la población chicana.

Cerca de medio millón de trabajadores mexicanos llegaron a los Estados Unidos en los años veinte. Esta mano de obra, que era demandada fundamentalmente por empresarios agrícolas (aunque posteriormente fue requerida también por capitalistas industriales), debido a su bajo costo y escasa organización gremial y sindical, era, a la vez, contenida en su flujo, dado que las centrales obreras norteamericanas sostenían que los mexicanos desplazaban de sus trabajos a muchos norteamericanos. Por otro lado, esta fuerza laboral desorganizada era —y es— fácil presa de los avatares y ciclos de la economía norteamericana: en tiempos de recesión y crisis, no había ni hay nada más fácil que despedir a los mexicanos y arrojarlos a las filas de los desempleados en los Estados Unidos, o hacerlos retornar a los lares "aztecas". Así, a consecuencia de la crisis de 1929, miles de trabajadores mexicanos fueron expulsados hacia sus lugares de origen, ocasionando innumerables problemas a la débil estructura económica de la formación social mexicana.

Dependiendo básicamente de estos ciclos, aparecen con frecuencia regulaciones jurídicas y leyes que establecen el número de trabajadores autorizado a entrar, el carácter de su *status*, sus derechos (muy pocos) y obligaciones, su distribución, etc. Estas regulaciones, que en teoría deberían ser la base para restringir el ingreso de trabajadores sin documentos legales, son, en realidad, una de las armas fundamentales para la represión de estos últimos. Norteamérica recibe en su seno miles y miles de trabajadores indocumentados, a una fuerza de trabajo extranjera, desorganizada social y política, que, por estas mismas características, es sujeto de una fuerte explotación. Dado que los laborantes sin papeles pueden ser deportados casi en cualquier momento, devienen en una mano de obra "ideal" que al causar problemas sindicales o de otra índole, o al resultar superflua a las necesidades del ciclo económico, son arrojados por los patrones y el gobierno no tan solo fuera de las fábricas o de los campos agrícolas, sino del mismo país de las barras y las estrellas.

La crisis que comenzó en 1929 y que provocó, entre otras cosas, la expulsión de miles de trabajadores mexicanos, se tradujo también en una intensificación de las luchas de mexicanos y chicanos en las urbes y en el seno de las empresas agrícolas, sobre todo en el suroeste. En 1931 más de 75 000 mexicanos fueron deportados desde Los Angeles. Se acusaba a los trabajadores aztecas de ser una punta

de lanza del comunismo y en 1934 la Cámara de Comercio de San Francisco estableció un "Comité para combatir el comunismo", el cual urgía a la Secretaría del Trabajo para que expulsara a los "comunistas extranjeros" que hacían peligrar la estabilidad de las áreas industriales y agrícolas en la costa del Pacífico.¹²

Al sobrevenir la segunda guerra mundial, y con ello la disminución en la oferta de mano de obra, y también en circunstancias en las cuales se presentaban condiciones de recuperación económica, la situación era otra: se volvió a requerir a los mexicanos. A inicios de 1942 los empleadores norteamericanos decidieron contratar a trabajadores asalariados del país vecino para que les sirvieran temporalmente en la agricultura; se formularon una serie de acuerdos entre los gobiernos mexicano y norteamericano que en conjunto recibieron la denominación de *Programa de Braceros*. A fines de los años cincuenta unos 400 000 trabajadores estacionales ingresaban a los Estados Unidos al amparo de ese programa. Naturalmente, esta mano de obra barata provocaba una tendencia al abatimiento de los salarios de

los trabajadores nativos de Norteamérica, que protestaban contra el programa. A la vez, en 1953 y 1954 se aprehendieron muchísimos trabajadores ilegales, deportándoseles a México. Unos dos millones de ellos fueron expulsados. Las fuerzas policíacas fronterizas (*Border Patrol*) entraban en acción constantemente (al parecer la cifra de dos millones de expulsados es conservadora, y quizás, como indican algunos autores, haya llegado a tres millones y medio). El programa establecía malas condiciones laborales para los trabajadores mexicanos: bajos salarios, ausencia de prestaciones, inseguridad y falta de protección, etc. Bajo la presión de organizaciones laborales como la Unión de Trabajadores Agrícolas comandada por César Chávez y de sectores de impugnación en los medios eclesiásticos y el Congreso, se dio fin al programa en 1964. Ello provocó que unos 200 000 braceros se quedaran sin empleo. El desempleo en las ciudades fronterizas mexicanas creció enormemente, en algunos casos hasta el cincuenta por ciento. Para "solucionar" el problema, el gobierno de México, presidido por un connotado enemigo de las capas populares, Gustavo Díaz Ordaz, entró en negociaciones con los norteamericanos para desarrollar lo que se llamó *Programa Industrial Fronterizo*, el cual abrió las puertas mexicanas a las industrias maquiladoras, las que aprovechando la baratura de la mano de obra mexicana (particularmente la femenina) han hecho su agosto en el país de Juárez y

¹² Peter Baird y Ed McCaughan, *Beyond the Border, Mexico and the U.S. Today*, North American Congress on Latin America, 1979, EU, p. 126. Este es uno de los mejores estudios sobre el problema de los indocumentados.

Zapata sobreexplotando a los obreros y haciendo caso omiso de las regulaciones laborales mexicanas.

La fuerza de trabajo latinoamericana en los Estados Unidos posee diversas ventajas para el empresariado anglosajón, y podemos considerar que consisten en lo siguiente: a) es una fuerza de trabajo no amparada estatalmente (los investigadores norteamericanos la denominan *stateless*), por lo cual carece de derechos políticos y de legitimación jurídica; b) está aislada en gran medida del resto de la clase obrera y en su propio interior se encuentra fragmentada y dividida en diferentes grupos nacionales; c) se compone de trabajadores individuales fácilmente deportables cuando causan problemas o no se les necesita temporalmente; d) debido a la labor histórica del racismo y el colonialismo, ha sido subsumida a planos de degradación que son socialmente inaceptables para otros sectores de la sociedad y por último, es producida y reproducida a un costo mucho más bajo para el capital y el Estado norteamericano, ya que los migrantes indocumentados carecen de muchas de las prestaciones y servicios sociales alcanzadas por el resto de los trabajadores. Por otra parte, estos trabajadores tienen en muchos casos a sus familias en sus sitios de origen, siendo estas últimas entidades que cubren muchas de las necesidades de subsistencia y reproducción laboral, y tanto ellas como el Estado nacional absorben muchos de los costos relacionados con la educación, la salud, la se-

guridad social, etc. De hecho, muchos de estos trabajadores se han formado como tales en sus ámbitos nacionales, aunque sea parcialmente, por lo cual se puede afirmar que con ellos "subsudiamos" a la economía norteamericana.¹³

LOS CHICANOS Y LATINOAMERICA

La mayoría de los México-americanos pertenece a las clases trabajadoras. Según datos norteamericanos de 1976, de 6 590 000 México-americanos (cifras conservadoras), 2 393 000 correspondían a la fuerza de trabajo. Conforme a estos mismos datos, el 78 por ciento de esta población de México-americanos vivía en zonas urbanas. Estadísticas de 1975 señalaban que sólo el 4.9 por ciento de la fuerza de trabajo México-americana (masculina) estaba compuesta por profesionales y técnicos; en su mayoría se formaba de obreros, artesanos y jornaleros agrícolas. Los ingresos de esta población son inferiores a los del resto de los habi-

¹³ Los rasgos enunciados son, en términos generales, los señalados por Ed Mc Caughan en una ponencia intitulada *Mexican Immigrant Labor as a Transnational Working Class*, que se presentó en México, en el Congreso Mundial de Sociología, efectuado del 16 al 21 de agosto de 1982.

tantes de Norteamérica (aunque en ocasiones han superado a los de los negros); tal situación, sin embargo, está variando ahora que llegan a los Estados Unidos trabajadores de categoría aún más baja (filipinos, coreanos, vietnamitas, etc.) Desde luego, el desempleo afecta aún más a la población mexicana que a la anglosajona.¹⁴

Los chicanos, al igual que los salvadoreños y guatemaltecos en Estados Unidos, conforman una minoría nacional en el país del dólar. Lo mismo sucede con los cubanos, independientemente de que sean castristas o no. Consideramos que se trata de grupos humanos con raíces y características nacionales, es decir, que han creado y desarrollado identidades nacionales a partir de la compartición de prácticas y pensamientos comunes fundamentales para la reproducción de sus existencias, y que son distintos a los de la comunidad nacional mayoritaria con la cual coexisten, tienen su propio idioma y tradiciones históricas correspondientes a sus naciones de origen, desarrollan culturas y subculturas (muchas de raigambre popular) cuyos nutrientes en muchos casos parten de las patrias latinas y poseen lo que se pudiera denominar una "comunidad de espíritu", conjuntos de hábitos y

representaciones, de ideas y de creencias, que nacen en el seno de sus propias interacciones colectivas como grupos *nacionales*. Por otra parte, y tomando en cuenta la notoria especificidad de cada uno de estos grupos, es claro que el idioma, muchos de esos "pensamientos y prácticas, hábitos y representaciones", etc., son parte de un *patrimonio común latinoamericano* y expresan a una potencial federación de naciones, unos Estados Unidos de Latinoamérica.

Pero los latinoamericanos en Estados Unidos no sólo comparten rasgos o elementos, sino que empiezan a compartir lo más importante: *la voluntad* de unificación política en torno a concretar programas y prácticas de gestión propia, nacional. Por ende, como minorías nacionales, los latinoamericanos han iniciado una lucha por su autonomía cultural y por la extensión de sus derechos políticos y jurídicos, por la estructuración de sus propios órganos de gobierno y por la ampliación de su participación en los aparatos de Estado del país vecino. Ello no implica la segregación nacional, sino el impulso a la transformación de los Estados Unidos en un país realmente democrático, igualitario, pluriétnico y multinacional. Como es de esperarse, tal perspectiva molesta evidentemente a los guardianes del *American way of life*; así, el senador Alan Simpson declara que el actual nivel de inmigración es "una de las mayores amenazas para el futuro de esta nación, para los valores, las tradi-

¹⁴ Antonio Ríos Bustamante, *Las clases sociales mexicanas en Estados Unidos*, en "Historia y Sociedad", No. 20, 2da. época, 1978, México, pp. 16-25.

ciones e instituciones norteamericanas, para nuestra cultura pública y nuestro estilo de vida". El periodista Neal Pierce alega que en los Estados Unidos ya no hay zonas despobladas y los recursos naturales se agotan, por lo que ya no debe alentarse a la inmigración. Si las cosas siguen así, añade, en el año 2080 cerca del 40 por ciento de la población de Estados Unidos será de descendientes de inmigrantes posteriores a 1980. E indica lo que le preocupa: que hasta un 85% de los inmigrantes serían latinoamericanos,¹⁵

En este ensayo no disponemos de espacio suficiente para desarrollar va-

rias de las tesis que aquí hemos expuesto, pero deseamos asentar una más: las naciones "negras", "blancas" o "morenas" están dejando de existir. La complejización étnica y nacional se incrementa, así como la intercomunicación y la mestización y mixtura de los pueblos. A la corta o a la larga, la democratización en Norteamérica y el enriquecimiento de su propia grandeza deberá contener como uno de sus elementos fundamentales el reconocimiento de la aportación latinoamericana interna a la construcción de la nación norteamericana.

¹⁵ Frank Viviano, "Los nuevos inmigrantes en el banquillo", en "contextos", 2da. época, No. 8, 29 de julio de 1983, Secretaría de Programación y Presupuesto, México, pp. 34-44.